



Cualquier hombre de mar sabe que, tan importante, al menos, como el barco y la tripulación es el momento elegido para zarpar. Muchos son los factores que influirán para alcanzar el objetivo buscado pero, sin duda, uno a tener muy presente es el del instante de soltar amarras.

Era una tarde de un mes cualquiera. El reflejo del sol en el mar iluminaba levemente el rostro de un grupo de jóvenes. Soplabla una brisa fresca sobre sus caras que les hacía, irremediablemente, esbozar una sonrisa mientras sus mentes dibujaban mil y una aventuras por vivir. Los presagios 'escépticos' y malos augurios no tenían ya cabida. La Aventura había comenzado.

La tarea no era sencilla. No disponíamos de cartas náuticas que nos marcaran los accidentes de la costa, ni las peligrosas zonas de "bajo fondo", ni siquiera un apacible refugio donde fondear al socaire. Todo estaba por escribir, por dibujar. Cada marinero que se enrolase en la nave debía conocerlo, teníamos que infundir en la tripulación ese sentimiento, esa responsabilidad.

Muchos fueron los días de acopio y preparación pero, una vez elegido el puerto de salida, no podíamos demorar más nuestra partida. Los jóvenes que habían respondido a nuestra llamada lo esperaban.

Por fin llegó el gran día. Venidos de diversos lugares de nuestra geografía nacional, fueron llegando todos los tripulantes al muelle donde esperaba nuestro navío. Algunos ya se conocían de antes, otros no, pero en todos anidaba ese sentimiento de desasosiego que crea la expectación por lo desconocido. Y, sin duda, el principio no ayudó a reducirlo. Ellos eran la tripulación, nada les vendría dado. En todos residía la responsabilidad de adecentar el barco, de pulirlo incluso hasta que brillase al sol. Tuvimos que trabajar día y noche para conseguirlo. La tarea fue dura. Incluso hubo momentos de debilidad en los que sobrevolaba, sobre las cabezas de los tripulantes, la idea de haberse embarcado en una empresa equivocada. Pero, sin embargo, había algo que nos atraía. ¿Qué podía ser? El solo hecho de intentar descubrirlo ya era suficiente para no desfallecer...

Poco a poco, todo a nuestro alrededor iba cogiendo forma. Todo, a pesar de la novedad, nos resultaba extrañamente familiar. Y cuando hasta los cabos estaban ya adujados, nos engalanamos, por primera vez desde que nos habíamos encontrado, y dimos comienzo oficial a nuestra Primera Singladura.

La noche resultó un éxito. Todos formados en cubierta, detuvimos la incandescente actividad con la que habíamos comenzado. De pronto, pudimos observar las caras de los demás, sus ampollas en las manos que podíamos reconocer fácilmente en las nuestras también. Al estar tan cercanos, de repente, un hombro roza con el tuyo. Miras a su propietario y sonríes. Para ti ya no es alguien extraño. Es tu hermano, el que será tu compañero en este apasionante periplo. Y cuando te acercas a afirmar tu personal compromiso con el "Bautizo de Mar" te das cuenta de que ha merecido la pena.

Durante nuestra travesía tuvimos el placer de recibir el apoyo de muchos. Por ejemplo, nuestro Jefe Nacional rompió, en el casco, el cava (por supuesto catalán, es decir, español) que nos deseaba la mayor de las suertes en nuestra aventura.

Los días transcurrían y, poco a poco, íbamos aprendiendo nuevas cosas. Muchas eran las tareas a bordo y todas nos descubrían algo que hacía que mirásemos a la mar de un modo diferente. Hasta los momentos de la sobremesa, con nuestro café en la mano, los utilizábamos para discutir sobre nuestra arboladura, las temidas tempestades y, por supuesto, las grandezas de la mar.

También pudimos hacer escala en una isla a mitad de camino. Mientras tres de nuestros camaradas se ofrecieron a guardar nuestro barco, nos dispusimos a visitar la isla a pie. Subimos al punto más alto de la misma para poder divisar lo recorrido. El "Almanzor", que así era como se llamaba nuestro particular mirador, nos dio mucho más que el bonito paisaje que buscábamos. Nos ofreció encontrarnos a nosotros mismos en situaciones límite físicas y psíquicas, verdadero modo de hacerse dueño de uno mismo (para eso estamos en esta historia, ¿no?). Una vez habíamos regresado al barco, no sólo nos encontramos con la satisfacción personal que da el haberse esforzado, sino que una sorpresa nos aguardaba allí. Alguien esperaba a bordo para felicitarnos por nuestra ascensión: César Pérez de Tudela, un auténtico mito en la montaña, pero, sobre todo, un camarada. Pese al cansancio, nos apasionó con la historia de su vida, con sus proyectos, con que estuviese entre nosotros como uno más.

Poco a poco, íbamos llegando al final. Llegó el momento de volver a la cubierta principal y, de nuevo engalanados y con el barco empavesado para la ocasión, despedimos como lo hacen los hombres de honor: con la mirada, clara y sincera, puesta en el horizonte que marca el compromiso adquirido.

Desde el medio de la formación y a través de las caras de todos los tripulantes, como el que mira por la amura el horizonte, se podía vislumbrar lo conseguido, se podía observar de una manera nítida, a pesar de la distancia, nuestro objetivo. El recuerdo de las tormentas nos hacía sentir más unidos. Éramos una tripulación. Uno dependiente del otro, cada uno "el eslabón que mantiene unidos a los demás".

Espero que hayamos aprendido que el viento tiene roles repentinos, la mar se embravece y se oyen numerosos cantos de sirena, pero hay algo que permanece inalterable, algo eterno. Por mucho que mute nuestro alrededor, **SIEMPRE NOS GUIARÁ LA MISMA ESTRELLA**. Por mucho que cambien las cosas, el Norte siempre estará allá donde apunte la Polar. Hay algo inalterable, aquello en lo que hemos depositado nuestra confianza, esos valores eternos hacia donde apunta nuestro bauprés.

Eso es, precisamente, lo que nos une, aquello que nos hace fuertes. Por ello, debemos de luchar, junto con todos los que se enrolan a nuestro lado, por asentar los cimientos de nuestro futuro en la solidez que nos ofrece nuestra Estrella, nuestra Promesa.

Que el Señor nos conceda, a los que ya estamos y a los que vendrán, buen viento y buena mar.

¡Non Nova, Sed Nove!

Ignacio Gómez Vera

Timonel del Círculo de Formación Permanente "Ítaca"

